
KING-KONG ZINEMA TALDEA: AMOR DE GORILA



KING-KONG ZINEMA TALDEA

«Amor, lo que se dice AMOR, desbordante y aniquilador, amor del bueno, del que todo lo incendia y tritura, amor loco, amor profundamente sensual, amor imposible, impotente, amor desesperado que se venga y muere, amor que no se atreve a decir su nombre porque no tiene nombre, amor grotesco, irónico por desproporcionado, amor ejemplar, romántico y matrimonial, gozador y sacrificado, amor en que se unen los estados estético y ético kierkegaardianos, amor que se enfrenta al mundo, porque el mundo no es amor, sino obstáculos contra el amor, vértigo incomparable de

amor, amor de estrellas y riscos, de precipicios y serpientes, amor de selvas y dinosaurios, amor que cruza los mares y trepa por los rascacielos, amor que se desvanece en la muerte que es más vida que la vida, pues la vida sin amor o con amor moderado es muerte, el amor más alto, el único y verdadero amor, el amor de gorila, sólo ha aparecido una vez en el cine y en la película más sublime de todos los tiempos: "King-Kong"».

Estas palabras de Fernando Savater, inconmensurable gorila, son, pretenden ser, el catecismo de King-Kong Zinema Taldea.

Porque no es casualidad que sea precisamente el Gran Mono el que ocupe el trono cinematográfico de nuestro pueblo. Podían haber sido Groucho, Chaplin, Bogart o hasta la misma Marilyn. Pero no; el descomunal gorila se hizo, por derecho propio, con un sitio en este pueblo nuestro, desgraciadamente menos gorillesco de lo que algunos quisiéramos. Porque queremos que ese amor salvaje, ese «amor, lo que se dice AMOR» salga a la calle, y que el Gran Mono deje el Empire State Building y se encarama a la torre de la Asunción. En ello estamos.

Hagamos, pues, una pequeña historia de este intento de ascensión por los empinados riscos del ambiente «cultural» de este pueblo.

Fue allá por abril de 1983, cuando comenzaron a aparecer por las calles renterianas las primeras huellas del Antropoide. En los horribles carteles de la CAP, se nos anunciaba que un misterioso King-Kong Zinema Taldea pensaba proyectar a las 7 de un jueves 7 de abril, en la casa Xenpelar, el «Tiburón», de Spielberg. Comenzaba la ascensión de King-Kong. Con ella llegaron otras maravillas; en la casa Xenpelar, bailaron, entre abril y junio, Buñuel y Bob Fosse, la Cavani y Ridley Scott, «Viridiana» y «Allen», la «Julia» de Zinnemann y la «Fedora» de Wilder..., todo en aquel «Cabaret» de Berlin, donde Liza Minelli, con sus uñas pintadas de verde, nos decía aquello de «life is a cabaret...». Y en medio de todos, dirigiendo la función, cómo no, el maestro de ceremonias insustituible: King-Kong, que llegó al fin un 12 de mayo. Luego, él y Liza nos volverían a visitar. Han sido los únicos. Por algo será. Una espina: no pudimos bailar el tango.

Llega el verano. King-Kong se toma un descanso en su ascensión y planea cuáles y cómo serían los siguientes asaltos a la cumbre. Llega una ayuda exterior, en forma de cine Alameda, y el Gran Mono reanuda su ascensión en octubre en el «Cine del Batzoki-Cine Alameda». Hitchcock, con Cary Grant y «Con la muerte en los talones» da el pistoletazo de salida a quella temporada 83-84. El cine Alameda sería desde entonces, ha marzo del 85 residencia oficial del Gran Mono. Buñuel volvió con su perro sureño y con una Catherine Deneuve coja y española; también vinieron Pasolini y «Saló», Bertolucci con su «Luna», Berlanga y su «Verdugo», Isbert, Rydell de la mano de la vieja y querida «Rosa», Joplin, Bergman «gritador y susurrante», Groucho y familia en su particular Oeste... Ni siquiera Fassbinder, Schlöndorff o Huston (en su maravillosa «Jungla de asfalto») faltaron a la cita de estos casi dos años de cine Alameda. Con ellos, otros menos conocidos: Tavernier, Vigo, Melville, Oliveira, Jodorowsky, Sara Driver o el hoy admiradísimo Jim Jarmusch de «Extraños en el paraíso», que, cuando era un perfecto desconocido, nos trajo sus «Vacaciones permanentes». Muchos se quedan en el tintero, pero no olvidamos aquel día en que, después de mojarnos y «cantar bajo la lluvia» con Gene Kelly, nos subimos a la noche en el «Potemkin» y Eisenstein nos enseñó la carne agusanada y el cochecito cayendo por las escalinatas de Odessa...

Enero del 85. Entre aquel frío invernal de las famosas nieves, mientras la gente esquiba por las calles de Donosti, King-Kong se lanza a una aventura arriesgada: traer al frío suelo nevado renteriano un soplo de cine caribeño, era todo un reto. Ocho películas cubanas (en la casa Xenpelar) durante una semana nos ayudaron a soportar las bajas temperaturas. Además, aquel ciclo de cine cubano fue todo un éxito.

Marzo del 85. Empiezan los problemas para el Gran Mono. Los planes de escalada han de modificarse: nos cierran el Alameda. Comienza el exilio. Pontika y su surrealista «salón de proyecciones», donde entre discusión y discusión entre Jean Gabin y Simone Signoret, se oían pasar sospechosas riadas por una tubería de desagüe, acogió por algunas semanas al Antropoide, que al final tuvo que refugiarse en una compañía muy poco gorillesca: el salón Gaztedi. Allí comenzó para él una lenta agonía, aliviada tan sólo por los ojazos y las uñas de Liza y algunos otros destellos de Bergman, Woody Allen, Wenders y algún otro.

Pero King-Kong se moría. En aquel ambiente le faltaba aire. Había que hacer algo o el Gran Mono se nos iría para siempre. Y, tras dos largos meses entre la vida y muerte, por fin se consiguió el milagro: King-Kong recobró la salud y encontró un nuevo hábitat en el Salón Victoria. Una casa más amplia y más aireada y, además, el paso del 16 al 35. El Gran Mono empezó a gozar de una segunda juventud. El miércoles 4 de diciembre del 85, Bob Fosse daba «comienzo al espectáculo». Había cambiado el día de proyección (miércoles por jueves), el metraje (35 mm. por 16 mm.), también habían cambiado algunos de los colaboradores del Gran Mono: casi todo cambió en esta segunda juventud de King-Kong. La gente acudía en masa para ver las transformaciones del hombre-camaleón de Manhattan, los peligrosos encantos de Kathleen Turner, la despiadada persecución de Harrison Ford y, sobre todo, ese maravilloso cuento de hadas, leído al revés que vimos, «En compañía de lobos». La ascensión seguía con fuerzas renovadas.

Pero quizás el paso más importante se produce en febrero del 86. King-Kong nos trae durante diez días seguidos una extensa panorámica de lo que fueron aquellos primeros balbuceos del cine, algo que nadie se había atrevido a hacer hasta entonces: era el ciclo «Nace el cine». Nos permitimos el lujo de tener en Rentería algo que, como mucho (y tampoco es seguro), sólo Madrid o Barcelona hayan podido tener. Sin lugar a dudas, éste ha sido el ciclo cinematográfico más completo e importante que el Rey Kong nos ha ofrecido: pudimos desde deleitarnos con las cabalgadas de los «Tres hombres malos», de Ford, hasta reír con «La muñeca», de Lubitch, pasar miedo con el «Nosferatu», de Murnau, deprimidos y hasta soltar la lagrimita con «El último», también de Murnau, o presenciar los albores del cine con aquella histórica primera sesión de los hermanos Lumière. Estos nombres, junto con los de Méliès, Pudovkin, Griffith, Wegener, Vidor, Clair, Pabst, etc., completaron el ciclo de cine mudo más completo que se haya podido ver, no sólo en las cercanías, sino en todo el país. Un borrón en éste, sin lugar a dudas, maravilloso ciclo: la gente. Lo mismo que en el ciclo de cine cubano, no había un alfiler en la sala, en este ciclo el Gran Kong pudo extender su corpulento cuerpo a sus anchas: le sobraba espacio. Una lástima. Aun así, seguimos empeñados en hacer una segunda parte del ciclo, aunque sólo sea para los doce que nos quedamos con la boca abierta al final de él.

En fin, que el Gran Mono sigue su ascensión. Quedan vacíos, como esa imposibilidad de bailar el tango con Maria y Marlon, pero algo se va logrando, como la misma aparición por las calles de Rentería un sábado a la noche de Bonnie Parker y Clyde Barrow, o ese continuado martilleo semanal de películas...

Podríamos seguir hablando de colaboraciones, problemas, enfrentamientos y otras experiencias, pero sólo citaremos que, mantenemos una colaboración regular con el Consejo Escolar del Ayuntamiento, proyectándose una película mensual a la que acuden más de mil fieras en edad escolar, así como con el Instituto y la Escuela de Formación Profesional de Zamalbide, cuyos alumnos tienen la posibilidad de ver la programación completa por menos de cinco duros por película. Esporádicamente, colaboramos con distintos grupos del pueblo (Antimilitaristas, Grupo de Mujeres, Comisión de Euskera...). Al que le interese, ya sabe dónde estamos.

Bueno, para finalizar, nada mejor que retornar al artículo de ese gorillesco amante que es Fernando Savater y, con él, rendir culto eterno al Gran Mono, a King-Kong:

«Pero el cine es el refugio de los últimos gorilas en estado plenamente salvaje, la irresponsable guarida donde los grandes monos románticos planean los raptos de sus frágiles hembras inasequibles o se dejan matar por un beso distraído que ignora su veneno... Si volvemos al cine uno y otro día, una y otra vez, es por fidelidad a lo más irrefutable de nuestro ánimo, a lo único de lo que no podríamos avergonzarnos sin renunciar de inmediato a toda legítima esperanza y sin apocar radicalmente la magnitud de todo júbilo: volvemos para recordar nuestro amor de gorilas y vivirlo en las sombras, como rapto, como pérdida y como redención».